

HUÉRFANA SIN SERLO

Y sin darte cuenta, un día eres huérfana sin serlo, lo tienes allí, delante de ti, en carne y hueso, con sus facciones cambiadas, la mirada perdida, asustado por momentos y aturdido muchos otros, pero ya no te reconoce. Ya no eres su niña pequeña, ya todo es distinto. La vida nos cambia sin previo aviso a todos y cada uno de los miembros de la casa. Ahora nos toca ser los fuertes, sacar coraje esos días duros, darle cuidados durante todo el día y la noche, que palabra tan grande “cuidados”, besarlo mucho más que antes y me atrevería a decir, que hasta a quererlo mucho más, porque en nada se ha convertido en un niño necesitado de tantas cosas.

No pasa nada te dices, lo vamos a llevar bien, va a doler pero hoy nos toca devolverle de alguna manera toda una vida de trabajo sin descanso para que no faltara de nada en casa. Pero ¿Dónde deja esto a mi madre? ¿En ser viuda sin serlo?

Pues sí, tal cual, ahora en vez de esposo tiene un bebé al que cuidar, con sus ochenta y cinco años, cuando es ella la que necesita ser cuidada. Cuando ella llega a la habitación el rostro de mi padre cambia, por un momento vuelve a ser el de antes, su mirada se ilumina y su sonrisa aparece. Pero no va acompañada de un hola cariño o ahí está mi Lolica como antes la llamabas, ahora la llamas mamá porque para ti es tu madre.

Cuando el Alzheimer llega, lo cambia todo. Al principio son miedos. ¿Se irá y se perderá? ¿Le pasará algo en la calle?. Más tarde aparece el enfado de no entender que le está pasando y con el enfado llega la agresividad, esa que tanto asusta.

Después de todo esto lo ves hacerse dependiente por días para todas sus necesidades fisiológicas. Pero sigues diciéndote, no pasa nada, podemos con esto.

Se contratan cuidadores externos para aliviar la presión ya que todos trabajamos y las obligaciones no cesan al llegar el Alzheimer.

Envipsa te manda ayuda que también hace que la presión sea menor.

Pero no hay nada que te haga sentir de nuevo como antes, sentirte hija, esposa... Porque esa persona que era tu padre ya no está, ese consejo o esas palabras que te podrían ayudar a tomar decisiones ya no las tienes y el hecho de sentarte a su lado y seguir sintiéndote su hija pequeña desapareció. En su lugar encuentras un ser necesitado que aunque no te reconoce sabe que le haces bien y te sonríe al entrar si tiene un buen día. Eso sí, si el día es bueno, porque no todos lo son, vienen muchos malos, esos que te hacen llorar al llegar a casa, cuando ya no te ven y no tienes que demostrarle a nadie que eres fuerte.

Los días pasan y los medicamentos adormecen para no sentir, para calmar la agresividad, para que esté tranquilo y no agitado, pero ¿Es esa la solución? ¿Adormecerlo? No hay otra dicen, al menos que

conozcamos. Bueno sí, la paciencia y el amor de día a día, ese que no se receta en farmacias, pero que nunca falta.

Tu mujer, ahora tu madre; tus hijas y yernos, ahora ayudantes incansables; tu cuñada, criada como una hija más, incesante al pie del cañón; tus nietos a los que ya no reconoces, todos y cada uno de nosotros somos tu medicina diaria, la que no falla.

A veces formamos el tándem perfecto, otras nos cuesta algo más, pero siempre con la mejor de las intenciones. No hay un manual escrito al que acogerse para hacerlo todo perfecto, pero no creo que haya algo más perfecto que el amor que sentimos por ti, aún con fallos, real siempre.

Y amanece otro día y tu primer pensamiento al despertar es el de ¿Qué tal habrá pasado la noche? ¿Lo estaremos haciendo del todo bien? ¿Podríamos hacer algo más?

Ya no sabe explicarse, se le olvidó hablar, a veces lo intenta pero sin resultados. Igual le duele algo y no puede decirlo o simplemente se acuerda de su infancia y no puede contarlo. Muchas veces ves en su rostro esa impotencia y sólo puedes cogerle la mano y hacerle sentir que no está sólo y que se sienta seguro, porque el miedo se apodera de él cuando no entiende qué está pasando.

Yo no conocía esta enfermedad. Había oído hablar de ella, de lo difícil que era para el enfermo y sobre todo para los familiares. Pero ahora convive con toda la familia agarradita de la mano. Y sí, así es, difícil no, lo siguiente. A veces pienso que son pruebas que nos pone la vida para hacernos más fuertes y evolucionar a un plano superior y llevarnos todo esto aprendido para la siguiente. Otras veces simplemente pienso que la vida es muy injusta y dolorosa, pero no permito que ese pensamiento me domine, no le doy ese poder. Intento convertirlo en resiliencia y aprender algo bueno de esta enfermedad.

¿Algo bueno? ¿Puede haber algo bueno en todo esto? Pues de lo único que estoy segura, es de que si mi padre no sufriera de Alzheimer, no le diría tantas veces te quiero, no lo besaría tanto y probablemente tampoco se lo demostraría como ahora lo hago, no porque no lo sintiese, pero estoy segura de que sería distinto. Así que sí que lo hay. Al menos me consuela pensar así.

Cuando decidí escribir estas palabras, no estaba segura de ello, pero nada más comencé salieron solas, sin forzar nada, de manera fluida y ha sido terapéutico. No sé si nuestra experiencia podrá servir de referente a alguien o de alguna manera ayudar a quien pueda necesitarlo. Quizás el familiar de un enfermo a veces necesite escuchar que no está sólo. Yo tengo la tremenda suerte de tener eso en mi casa, ese sentimiento de respaldo y apoyo, pero sé que hay personas que se enfrentan a esta enfermedad sin ayuda.

A ellos les digo que no se rindan, que el amor todo lo puede y cuidar es el mayor gesto de amor que puedes hacer por alguien.